

Ngaio Marsh

UN ASESINO EN ESCENA

Traducción del inglés de
Alejandro Palomas

 Siruela

Libros del Tiempo / Biblioteca de Clásicos Policiacos

Índice

Prefacio	9
I	
Prólogo a una obra	11
II	
«Preparados y a escena, por favor»	20
III	
La muerte del Castor	31
IV	
Alleyn se ocupa del caso	40
V	
La declaración del regidor	48
VI	
Entrada la madrugada	58
VII	
Props	67
VIII	
Felix Gardener	76
IX	
El hombro de Stephanie Vaughan	85

X		
Al día siguiente		94
XI		
Nigel se convierte en detective		105
XII		
El apartamento de Surbonadier		114
XIII		
El contenido de una caja con refuerzos de hierro		122
XIV		
Gardener mira atrás		130
XV		
El talón de Aquiles		138
XVI		
La vista		148
XVII		
Desde Sloane Street a Scotland Yard		158
XVIII		
El arresto		166
XIX		
Nigel, apartado del caso		175
XX		
Props hace mutis		184
XXI		
Este inefable descaro		192
XXII		
Cae el telón		200
XXIII		
Epílogo a una obra		211

Prefacio

Cuando le enseñé este manuscrito a mi amigo el inspector jefe Alleyn del Departamento de Investigaciones Criminales, dijo:

—Es un relato realmente fiel del caso del Unicorn; pero yo creía que en las historias de detectives suele ocultarse la identidad del asesino.

Lo miré fríamente.

—Eso ya no es más que un *vieux jeu*, querido Alleyn. Hoy en día, la identidad del asesino se desvela siempre en los primeros capítulos.

—En ese caso, le felicito —dijo.

Mentiría si dijera que su respuesta me dejó satisfecha.

Prólogo a una obra

El 25 de mayo, Arthur Surbonadier, cuyo verdadero nombre era Arthur Simes, fue a visitar a su tío Jacob Saint, cuyo verdadero nombre era Jacob Simes. Jacob había sido actor antes que empresario y había elegido Saint como nombre artístico, un nombre que conservó durante el resto de sus días. Hacía chistes malos al respecto —«No soy ningún santo»— y no dejó que su sobrino adoptara el mismo apellido cuando también él decidió subirse a los escenarios.

—Con un solo Saint en la profesión es más que suficiente —rugió—. Ponte el nombre que quieras, Arthur, pero mantente fuera de mi territorio. Podrás dar tus primeros pasos en el Unicorn y te dejaré en herencia mi dinero, o una gran parte. Pero, si eres mal actor, no te darán ningún papel. Así funciona el negocio.

Mientras Arthur Surbonadier (el apellido Surbonadier había sido sugerencia de Stephanie Vaughan) seguía al criado hacia la biblioteca de su tío, se acordó de lo que le había dicho. No era mal actor. Era un actor más que aceptable. O, como le gustaba pensar, un actor como la copa de un pino. Intentó mantenerse erguido para el encuentro con su tío. Un actor como la copa de un pino y con personalidad. Sometería a Jacob Saint. Y, llegado el caso, estaba dispuesto a hacer uso de esa arma definitiva cuya existencia Saint desconocía por completo. El criado abrió la puerta de la biblioteca.

—El señor Surbonadier, señor.

Arthur Surbonadier hizo su entrada en la biblioteca.

Jacob Saint estaba sentado en su silla ultramoderna tras su ultramoderno escritorio. Una lámpara cubista le iluminaba los prietos pliegues de grasa de la nuca. Los músculos de la espalda se dibujaban en su chaqueta de cuadros grises. No miró a Surbonadier. Sobre su cabeza rosada caracolearon volutas del humo del cigarro. La habitación olía a humo de tabaco y a su colonia, una fragancia especialmente elaborada para él y de la que ninguna de sus damas, ni siquiera Janet Emerald, había recibido un solo frasco.

—Toma asiento, Arthur —dijo con un murmullo de descontento—. Fúmame un cigarro. Enseguida estoy contigo.

Arthur Surbonadier se sentó, rechazó el cigarro, encendió uno de sus cigarrillos y se removió, nervioso, en la silla. Jacob Saint escribió, gruñó, pasó con descuido el secante sobre el papel e hizo girar bruscamente su silla de acero.

Era como la caricatura de un magnate del teatro. Con su enorme papada roja, la voz ronca, los ojos de color azul celeste y los gruesos labios, parecía estar representándose a sí mismo en escena.

—¿Qué se te ofrece, Arthur? —preguntó y esperó.

—¿Cómo estás, tío Jacob? ¿Mejor del reuma?

—No es reuma, es gota, y es un espanto. ¿Qué quieres?

—Se trata del nuevo espectáculo del Unicorn. —Surbonadier vaciló y Saint volvió a esperar—. Yo... no sé si has visto el cambio de reparto.

—Sí.

—Ah.

—¿Y bien?

—Entonces —empezó Surbonadier en un intento desesperado por animar su tono—, ¿das tu aprobación, tío?

—Así es.

—Yo no.

—¿Y a mí qué demonios me importa? —saltó Jacob Saint. El rostro ceñudo de Surbonadier palideció. Intentó representar el

papel de quien controla la situación, de quien domina el escenario. Mentalmente, toqueteó su «arma».

—En un principio yo iba a hacer el papel de Carruthers —dijo—. Puedo representarlo y hacerlo bien. Y ahora se lo han dado a Gardener..., a Master Felix, al que todos adoran.

—A quien Stephanie Vaughan adora.

—Eso no tiene nada que ver —dijo Surbonadier. Le temblaban los labios. Presa de una especie de júbilo mezquino, sintió que la ira se adueñaba de él.

—No seas crío, Arthur —rugió Saint—, y no vengas aquí a llorarme. Felix Gardener se ha llevado el papel de Carruthers porque es mejor actor que tú. Es probable que también sea esa la razón de que Stephanie Vaughan le prefiera a él. Tiene más atractivo sexual que tú. A ti te toca el papel del Castor. Es un papel muy agradecido y se lo han quitado al viejo Barclay Cramer, que por otro lado lo habría bordado.

—Pues te repito que no estoy satisfecho. Quiero que lo cambies. Quiero el papel de Carruthers.

—No lo tendrás. Ya te dije antes de que te subieras a los escenarios que nuestra relación en ningún caso te serviría para conseguir sin más papeles protagonistas. Te di tu oportunidad y no la habrías tenido si yo no hubiera sido tu tío. Ahora tienes que valerte por ti mismo. —Miró sombríamente a su sobrino e hizo girar la silla hacia el escritorio—. Estoy ocupado —añadió.

Surbonadier se humedeció los labios y se acercó a él.

—Me has amedrentado toda mi vida —dijo—. Pagaste mis estudios porque con ello alimentabas tu vanidad y porque te gusta el poder.

—Y sales con lentitud al proscenio declamando pausado... Menudo actorcillo de pacotilla estás hecho.

—¡Tienes que deshacerte de Felix Gardener!

Por primera vez, Jacob Saint dedicó a su sobrino toda su atención. Tenía los ojos un poco saltones. Inclino la cabeza hacia delante, un gesto que resultaba extrañamente desconcertante y que le había dado buenos resultados en la lidia con hombres más duros que Surbonadier.

—Como vuelvas a hablarme en ese tono —dijo en voz muy baja—, estarás acabado. Ahora, lárgate.

—Todavía no. —Surbonadier se agarró al borde del escritorio y se aclaró la garganta—. Sé demasiadas cosas sobre ti —añadió por fin—. Más de las que crees. Sé por qué..., por qué pagaste dos mil a Mortlake. —Se miraron fijamente. Un hilillo de humo de cigarro escapó entre los labios entreabiertos de Saint. Cuando volvió a hablar, lo hizo con venenosa contención.

—Ah, así que se nos ha ocurrido intentarlo con el chantaje como último recurso, ¿me equivoco? —Se le había enronquecido la voz—. A saber lo que habrás estado maquinando, pedazo de...

—¿Nunca echaste en falta una carta que él te mandó en febrero... cuando..., cuando estaba...?

—Cuando estabas invitado en casa. ¡Santo Dios, no hay duda de que he hecho una buena inversión contigo, Arthur!

—Aquí tienes una copia. —La mano temblorosa de Surbonadier desapareció en su bolsillo. No podía dejar de mirar a Saint. Había algo en Surbonadier que recordaba a un autómatas. Saint miró el papel y lo soltó.

—Si hay más como este —dijo, y su voz se elevó hasta convertirse en un grito ronco e imponente—, te denunciaré por chantaje. Te destrozaré. No volverás a actuar en Londres. ¿Has oído?

—Lo haré. —Surbonadier retrocedió, como si temiera de verdad que le agrediera—. Lo haré. —Tenía la mano en la puerta. Jacob Saint se levantó. Medía casi un metro noventa y era enorme. Podía dominar la situación, pues era sin duda más imponente que su sobrino. Y, sin embargo, a pesar de su aspecto enfermizo, blandengue y claramente tembloroso, Surbonadier tenía un aire de furtiva superioridad.

—Me voy —dijo.

—No —respondió Saint—. No. Vuelve a sentarte. Voy a hablar.

Surbonadier volvió a ocupar su silla.